

La solidaridad millonaria de la sociedad civil

ARMANDO JANSSENS



Durante los quince primeros días de la emergencia nacional, no menos de quince millardos de bolívares salieron bajo diferentes formas de la población, las comunidades, las organizaciones y las empresas, para aliviar y solucionar parcialmente la crisis provocada.

En medio del estupor y del dolor que inundó nuestro país por motivo del impacto del fenómeno natural brilló un movimiento de solidaridad, como nunca antes se había visto. De manera espontánea y sin ninguna señal formal, miles de ciudadanos de todos los sectores sociales se movieron en ayuda de los que estaban en peligro de ser arrasados, o los que perdieron en pocos minutos su vivienda y los enseres que conformaban su diaria existencia y les daban seguridad. No menos de trescientos cincuenta mil personas y sesenta y seis mil viviendas afectadas dibuja la cara de esta tragedia que definirá por largo tiempo el perfil del país. En medio de una situación que en diferentes partes se acercaba al Apocalipsis, creció este movimiento que todavía sigue vigente y alcanzó todas las zonas, desde Vargas, Distrito Federal y Miranda hasta Falcón, Yaracuy, Zulia y Nueva Esparta. Demostrando que, ciertamente, como dice un slogan que hemos oído varias veces en estos días: "en Venezuela la solidaridad también es un fenómeno natural".

Los medios de comunicación, con su elenco de capaces y muy comprometidos periodistas, mostraron aspectos heroicos de esta solidaridad nacional. Pero muchos hechos se quedaron en la sombra. Fueron miles los vecinos que abrieron sus casas para dar entrada a los afectados y les atendían con todo lo necesario para superar la tragedia: afecto, ropa, comida y cobija. Miles los ciudadanos que iniciaron grandes recolectas y crearon decenas de centros de acopio donde se trabajaba eficazmente día y noche para recibir, de manos anónimas, toneladas de ropa, alimentos, medicamentos y todo lo necesario para atender la emergencia. Miles los voluntarios que atendieron a los damnificados en los lugares de reagrupación y luego en los centros habilitados en todas partes. Miles los colaboradores que trasladaron en su propio carro, camioneta, camión, autobusetta, autobús, moto ó helicóptero a los damnificados y a las toneladas de ayuda recogida. Miles de personas y empresas dieron su aporte económico de manera generosa en las más diversas ocasiones y ayudaron a dar un toque humano a la emergencia.

Hechos y cifras

Si hacemos cálculos a partir de los datos y estimaciones disponibles, nos encontramos con una solidaridad de profundo impacto económico. Las estimaciones se pueden afinar posteriormente, pero a partir de las cifras disponibles, además de cálculos propios, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que es una solidaridad millonaria la que ha promovido la sociedad civil venezolana.

Los primeros quince días del impacto causado por el fenómeno natural, un acertado cálculo nos muestra que, solamente en la recolección de ropa, alimentos y medicinas, no menos de once mil millones de bolívares fueron transferidos desde la misma población a los afectados. Pudimos observar que la mayor parte de la ropa era de buena calidad y sacada de la propia vestimenta utilizada por los donantes o adquirida para ser entregada. Las diversas empresas y comercios del ramo abrieron su stock y sacaron cantidades apreciables, dando su aporte para facilitar a la gran mayoría de los damnificados una muda de ropa básica satisfactoria.

Igual o mejor pasó con el aporte de la comida para sostener una gran masa humana de no menos de ciento cincuenta mil personas en plena emergencia. Se repitió el milagro de la multiplicación de los panes. Pocas veces en la historia de los desastres, hemos sabido de un aporte tan amplio, sostenido y variado de alimentos, incluidos los alimentos infantiles. Grande ha sido el aporte de las familias y de las individualidades que sacaron de su propia reserva lo que se necesitaba. Tanto en los barrios como en las urbanizaciones, igual que a la salida de los diferentes mercados, los aportes en especie fueron voluminosos. La adquisición compulsiva de alimentos en abastos y supermercados no se hizo para asegurar la propia existencia de la población en los días finales del milenio con todas sus fantasías, sino para aportarla a las numerosas colectas organizadas de manera espontánea. Familias, comunidades y grupos de todo tipo prepararon en estos primeros días la comida necesaria para llevarlos a los albergues y atender así las primeras necesidades. Las fuentes de soda, los restaurantes, las cadenas de comida rápida, hasta los restaurantes exclusivos, dieron aportes substanciales, al igual que las cámaras

e industrias relacionadas. Incluso algunas cambiaron sus líneas de producción para corresponder a las necesidades más apremiantes. Todo eso permitió mantener durante largos días a los miles de damnificados, a los voluntarios y en no pocas ocasiones a los soldados involucrados en las acciones de socorro. Todavía en los primeros días de enero se pudo observar en el Fuerte Tiuna grandes depósitos de comida acumulada para su posterior distribución, lo que hizo afirmar a un alto militar "aquí hay comida para todo un año".

Si así ha sido con la comida, igual se puede observar con los medicamentos. La gente aportó lo que tenía en casa y fue a comprar lo que por radio, prensa y televisión solicitaron. De manera igualmente generosa, las empresas fabricantes, las importadoras, las distribuidoras y las propias farmacias llevaron aportes que permitieron mantener un satisfactorio nivel de salud pública entre los afectados. Lo aportado supera las cuatrocientas toneladas, lo que representa el valor de varios miles de millones de bolívares

Unas treinta mil personas trabajaron como voluntarios en Caracas, Vargas, Barlovento, Falcón y otras zonas. Se esforzaron de una manera realmente ejemplar y sostenida durante los primeros días. El valor económico de esta acción voluntaria, a partir de cálculos conservadores, es cercano a los mil millones de bolívares. Es evidente que aquí no se puede calcular el aporte de miles de colaboradores y familiares de los damnificados que abrieron espacio en sus casas para los que perdieron todo y les brindan una atención inmejorable. Tampoco se puede calcular el aporte de parroquias, colegios, universidades e instituciones privadas que recibieron en sus instalaciones contingentes humanos y los atendieron con mucha responsabilidad hasta lograr su reubicación. Lo mismo hicieron hospitales y clínicas privadas que mantuvieron sus servicios abiertos sin exigir pago alguno.

A todo esto se debe añadir el aporte de los que transportaron en todo tipo de vehículos a los damnificados y materiales, valorado en algunos centenares de millones y lo recolectado en efectivo por medio de las campañas tanto de instituciones como de la banca que debe acercarse ahora a dos mil millones de bolívares. En los últimos días de diciembre el Gobierno solicitó y obtu-

vo la colaboración de las empresas que disponen de máquinas pesadas para iniciar el despeje de las carreteras.

En resumen, durante los quince primeros días de la emergencia nacional, el sector civil y productivo respondió por medio de esta maravillosa transferencia de la economía doméstica. No menos de quince millardos de bolívares -equivalente a más de veintitrés millones de dólares- salieron bajo diferentes formas de la población, las comunidades, las organizaciones y las empresas para aliviar y solucionar parcialmente la crisis provocada.

Una sociedad civil abierta

Todavía es algo temprano para sacar mayores reflexiones sobre lo que nos pasó en el ámbito de la dinámica social, en medio de esta tragedia que nos toca en lo más hondo de nuestro sentimiento humano. Pero con satisfacción debemos subrayar que el país reaccionó como uno solo, lo que permitió descubrir que el tejido social tiene mayor solidez y coherencia de lo que comúnmente percibimos. Sin desconocer las reales problemáticas y desajustes sociales vergonzosos existentes, no es menos cierto que los actuales acontecimientos nos hacen reafirmar la posibilidad de crear una sociedad de corresponsabilidad que supera estas divisiones. La verdadera conquista próxima está en convertir el país entero en una sociedad convivencial y altamente productiva, un país que se inserte en el mundo global sin perder su propia identidad. Para lograr tal objetivo se necesita una estructura social bien integrada que se nutra en una interacción permanente. Los acontecimientos aquí descritos, reafirman esta posibilidad: hay una capacidad disponible para seguir tejiendo y reforzando la interrelación social. Esta debe ser en gran parte la tarea de la sociedad civil en sus más diversas formas.

La sociedad civil emergente en Venezuela existe y se hace sentir cada día con mayor creatividad. Especialmente en un momento en que las grandes organizaciones sociales como los partidos, los sindicatos y los gremios, viven su peor momento que más temprano que tarde deben reconstruirse con nuevos valores y dinámicas. Durante estos días hemos podido observar que la gran mayoría de los integrantes del volun-

tariado corresponde a grupos formales e informales. En una pequeña encuesta (no-formal) pudimos detectar más de treinta tipos de grupos u organizaciones que estaban participando activamente en la emergencia. Muy apreciable era el aporte de grupos vinculados a la Iglesia que estaban presentes en muchos sitios a igual que variadas denominaciones religiosas que actuaron con gran sentido de organización. Observamos una apreciable cantidad de organizaciones comunitarias como asociaciones de vecinos, centros culturales y deportivos. Estaban presentes grupos de estudiantes, comunidades educativas y varias federaciones universitarias. Igualmente, colaboró un abanico de organizaciones variadas como: cooperativas, gremios, algunos sindicatos y grupos vinculados a partidos políticos. Se pudo constatar la cooperación de diferentes cámaras, empresas, bancos e industrias y hasta líneas de transporte que se pusieron a la orden. Así como el voluntariado organizado en los grupos de rescate, los bomberos juveniles y el movimiento Scout. Las organizaciones no gubernamentales en sus diversas expresiones se incorporaron activamente y según sus diversas capacidades se están preparando para las etapas posteriores de reubicación. Y por fin -pero no menos real- una respetable cantidad de grupos ocasionales que surgieron desde los barrios y urbanizaciones conformados por amigos o vecinos, al igual que redes regionales de habitantes (de Táchira, Mérida y Maturín, entre otros) que vinieron en apoyo y rescate de los suyos. La gran mayoría de los que colaboraron se integraron como un conjunto o grupo para dar mayor seguridad y eficacia a su trabajo.

Todo eso refleja lo que es la sociedad civil actual. Lo que no siempre corresponde a las expectativas de los que esperan una sociedad civil organizada, fuerte y orgánica, como lo describen los libros o como se ha dado en países con otra historia. Nuestra sociedad civil corresponde a un país en crisis con un bajo nivel de ciudadanía y donde la mitad de la población trabaja y vive en el sector informal y actúa según necesidades o motivaciones inmediatas que evolucionan con frecuencia. La creatividad social estará en promover variados puntos permanentes y atractivos de referencia -cerca de la gente y de su sentir- que a su vez se articulan y forman

alianzas ocasionales con muchos grupos informales lo que permitirá una participación variada en densidad, frecuencia y variedad.

La tarea próxima está en dar una mayor coherencia a esta gran variedad de iniciativas permanentes y ocasionales, para así reforzar la convicción de la existencia y la capacidad de la sociedad civil en hacerse sentir con su propia misión y lograr que la sociedad se construya desde sus propias bases.

Para terminar

La descripción hecha en estas páginas apunta solamente sobre la solidaridad manifestada por la sociedad civil venezolana en ocasión del desastre natural. Conscientemente no incorporamos otras manifestaciones contrarias, igual y dolorosamente presentes, como son el saqueo, el pillaje y la violencia, entre otros. Sin desconocer estas realidades, estamos convencidos que el avance de la sociedad se construye desde sus ventajas comparativas. Y en este momento nuestra mayor ventaja comparativa es la solidaridad millonaria que hemos manifestado.

ARMANDO JANSSENS
Sacerdote, presidente de CESAP

La tarea próxima está en dar una mayor coherencia a esta gran variedad de iniciativas, para así reforzar la convicción de la existencia y la capacidad de la sociedad civil.